

poco á poco otros muchos soberanos; de modo que en vista del gran número de interesados, no podía faltar jamás un pretexto á la Francia para mezclarse en las cosas de Alemania, pues la cosa mas fácil del mundo era excitar á uno de tantos, aunque fuese el mas pequeño, á declararse amenazado en su territorio y quejarse de una infracción de la paz de Westfalia; con lo cual tenia Francia en su mano el medio de obligar á los demás á intervenir con ella en los asuntos puramente alemanes.

Nunca, ni en tiempo de Richelieu, había disfrutado Francia de tanta tranquilidad en el interior y de una posición tan imponente y brillante en el exterior. Condé se reconcilió con el rey y se contentó con la posición puramente ostentosa sin influencia alguna que le había tocado á consecuencia de la paz, y el 3 de junio de 1660 se celebraron las bodas régias conforme á lo estipulado.

La nueva reina era de estatura pequeña, pero bien conformada, rostro ovalado, ojos azules, mirada tierna, cabello rubio claro, cutis brillante, la boca tradicional de los Habsburgos; sus costumbres eran sencillas. Sus maneras distinguidas y su carácter amable é insinuante le ganaron luego el amor y cariño de su esposo, que tenia la misma edad que ella, y que entonces, conforme dicen todos los contemporáneos, no estaba todavía entregado á inmoralidad y al vicio. Desgraciadamente no supo la reina conservar este amor.

Hecha la paz con España, y sometida la Alemania en gran parte á la influencia francesa, extendióse ésta también sobre el Norte de Europa. En Holanda alióse incondicionalmente con Francia, el gran pensionario Juan de Witt, jefe del partido aristocrático-particularista dominante á la sazón en las Provincias Unidas, encomendando á la Francia la defensa del país por tierra, mientras él dedicaba todas sus fuerzas á su desarrollo marítimo. La antigua aliada de Francia en la guerra de los Treinta años, la Suecia, continuó también siendo su cliente. Su rey Carlos X Gustavo, habiendo provocado contra sí una alianza de todos los países del Norte y del emperador de Alemania á causa de sus repetidos ataques á la Dinamarca y á la Polonia, hallábase en grandísimo apuro, y la grandeza ficticia de la Suecia estaba á punto de desaparecer de un solo golpe. En tan crítica situación, la amenaza de intervención que hizo la Francia bastó para hacer vencedor al vencido y obligar á sus enemigos á firmar la paz de Oliva, para Suecia tan ventajosa; y todo sin necesidad de desenvainar la espada.

Hay que confesar en vista de todo esto que los resultados del gobierno de Mazarino fueron gigantescos. Ya se ve que había tenido por predecesor á Richelieu, pero había sabido administrar admirablemente bien la herencia de aquel grande hombre, y lo que es mas, con un procedimiento muy diferente, pues que no tenia aquella osadía poderosísima é irresistible de Richelieu que, incapaz de ceder ni de doblarse, quebraba todo lo que se oponía á su paso. El carácter de Mazarino era lento, calculador, minucioso, tímido ante todo obstáculo peligroso y por tanto enemigo de echar mano de medidas rigurosas y radicales. En cambio no despreciaba las mas mezquinas y rastreras, pero sin perder jamás de vista su objeto final, buscando y encontrando siempre medios para lograr con rodeos y pertinacia lo que le había sido imposible alcanzar por caminos directos y por la acción brutal y descubriendo en las situaciones mas desesperadas el camino por donde podía llegar á los triunfos mas grandes. Mazarino no tenia genio creador, pero manteniéndose en la vía trazada por su predecesor, supo llegar á la meta.

Odiado como nadie, su cabeza puesta á precio como enemigo de la paz y del orden públicos, le cupo la satisfacción de ver á todo el mundo inclinarse delante de sus méritos

con admiración y hasta con amor y afecto. El mismo Condé los reconoció y por esto se reconcilió con él. Mazarino gobernaba ya la Francia como un dictador, sin trabas. Las cosas mas pequeñas como las mas grandes pasaban por sus manos, y nada se hacia sin él; él repartía y proveía todos los empleos, desde las lugar-tenencias hasta los beneficios eclesiásticos, en fin, todas las dignidades, sinecuras y donativos en metálico, todo lo distribuía á su placer; él daba órdenes á los generales del ejército; él dirigía las discusiones y conclusiones de los parlamentos y consejos; y los otros ministros no eran mas que sus amanuenses. Los embajadores extranjeros solicitaban su protección y favor. El rey se limitaba á tomar simplemente conocimiento de todo, á fin de ir aprendiendo, y no podía pasarse un solo día sin la sociedad del cardenal, que le instruía de todo. Fuera de esto pasaba Luis el resto del tiempo cazando, bailando, jugando á la pelota y á los naipes, mostrando sobre todo por este último pasatiempo una predilección muy particular, y finalmente dirigiendo los ejercicios de su guardia. Su carácter régio solo se anunciaba y manifestaba entonces en su trato y porte digno, reservado y aun frío y siempre superior.

El reinado de Luis XIV no presenta aquella unidad majestuosa que se ha hecho proverbial; los diez y ocho años primeros, que por cierto no son los menos gloriosos de todo su reinado, pertenecen á los Mazarino, Condé y Turenna; son un período de victorias brillantes, de conquistas gloriosas y tratados de paz felices, período tan famoso en la parte literaria como en la parte política. Verdad es que entonces la Francia no dictaba todavía leyes á la Europa como sucedió algunos decenios despues, pero tampoco era el enemigo general contra el cual toda la Europa se aliaba, y por esto gozó de una posición política mas ventajosa que cuando la gobernaba directamente el gran rey.

En este glorioso apogeo de su carrera no desmintió Mazarino su colosal codicia. No satisfecho con los pingües sueldos que cobraba por sus muchos empleos de los gobiernos de Alsacia, Breisach, La Rochela, Brouage y Philippsburgo que dependían directamente de él; no contento con las rentas de dos ducados, de muchos condados, y de cuarenta abadías, las mas ricas del reino, metía la mano constantemente en las arcas del Estado, y comerciaba públicamente con los empleos mas elevados. Su palacio contenía mas riquezas en muebles, objetos raros, estatuas, cuadros, piedras preciosas y platería que el palacio del soberano mas rico de la tierra. «Se conoce, decían entonces los maliciosos, que es la morada de un sujeto que recibe muchísimo y que da muy poco.» Sus contemporáneos calculaban su caudal entre 40 y 50 millones de libras (entre 300 y 375 millones de pesetas). Las familias mas nobles de Francia se disputaban el honor de emparentar con este siciliano afortunado, aunque de nobleza dudosa.

En 9 de marzo de 1661 pasó Mazarino á mejor vida á una edad en que solo excedía la de su predecesor Richelieu en diez y siete meses, despues de haber gobernado la Francia como este último por espacio de diez y ocho años. En su testamento prohibió expresamente publicar el total de su riqueza. El rey heredó los mejores diamantes y cuadros de su ministro, pero se dice que se apropió además algunos millones en metálico. Otra cláusula del testamento estaba destinada en cierta manera á conservar su memoria para siempre, ordenando la fundación de un colegio llamado de las Cuatro Naciones, en el cual debían recibir instrucción gratuita cierto número de jóvenes hijos de los cuatro territorios incorporados á la Francia durante su gobierno, á saber: la Alsacia, el Piñerol, el Rosellon y el Artois.

Luis XIV, educado exclusivamente en la política de

Richelieu y Mazarino, no había oído nunca otro principio monárquico mas que la separación de la persona del rey del ejercicio material del poder; segun este principio el trabajo del gobierno tocaba á los ministros; y la manera en que había dejado hacer al cardenal, abandonándole todos los negocios hasta su muerte, parecía indicar que Luis XIV estaba enteramente conforme con esta máxima. Muerto el cardenal, todos ansiaban naturalmente saber quién se encargaría del empleo de ministro principal; pero á pesar de haberse descuidado Mazarino muy mucho y adrede en la educación del rey para prolongar así su gobierno, y á pesar de que si le había introducido en los misterios de los negocios públicos lo había hecho solo con el fin de presentarse mejor como único defensor de la monarquía; tenía el joven rey una voluntad tan enérgica y propia, una opinión tan favorable de sí mismo y una ambición tan insaciable como nadie la había sospechado. Así fué que los ministros se quedaron poco menos que petrificados cuando el rey, despues de haber cuidado con filial solicitud á su venerable y fiel amigo en su última enfermedad, y haber vertido honrosas y sinceras lágrimas á su muerte, los llamó á la mañana siguiente á su presencia y les dijo: «Señores, os he hecho llamar para deciros que hasta ahora he dejado la dirección de mis negocios á cargo del difunto cardenal; pero ahora es ya tiempo de que yo mismo gobierne. Me ayudareis con vuestros consejos cuando yo los pidiere; os prohibo firmar hasta lo mas pequeño, aunque no sea sino un pasaporte, sin orden mia; me dareis cuenta diaria de lo que ocurra, y no favorecereis á nadie en particular.»

Había empezado el gobierno absoluto de Luis XIV.

### CAPITULO TERCERO

#### LUIS XIV AUTÓCRATA

Era tan arraigada y universal la creencia de que el soberano de un país lo era solo para disfrutar y no para trabajar, que la allocución del rey solo excitó una sonrisa. Nadie dudaba que antes de muchos dias se cansaría de la carga y volvería á sus acostumbrados pasatiempos, dejando los trabajos y la responsabilidad otra vez á un ministro principal.

Entre los que ambicionaban este puesto, el que mas probabilidades de ser elegido reunía era Nicolás Fouquet, intendente superior de hacienda (1); que había nacido en el año 1615 de una antigua familia parlamentaria. Empleado por Mazarino como intendente de ejército, habiase dedicado en cuerpo y alma á servir la causa del cardenal, al cual había prestado valiosos servicios durante el tiempo de la Fronda. El ministro, que siempre se había mostrado agradecido á sus parciales y amigos, nombró en recompensa á Fouquet procurador general cerca del parlamento de París, y despues de su segunda vuelta á Francia, en febrero del año 1653, le

(1) Véase A. CHERUEL: *Memoires sur la vie publique et privée de Fouquet*, 2 tomos, París 1865. Esta obra contiene mucho mas de lo que promete su título. Fouquet no dejó escritas sus memorias, sino únicamente papeles sueltos; pero Chéruel creyó deber dar á esta obra el título de *Memorias* en lugar del de *Biografía*, porque casi siempre deja hablar á los contemporáneos de Fouquet. Además de apuntes notables secundarios, ha consultado Chéruel, entre muchos otros manuscritos, los papeles que se encontraron en una caja secreta de Fouquet, y que costó mucho trabajo descifrar por haber ocultado los firmantes correspondientes suyos sus nombres amén de haber tomado otras precauciones para hacerlos ininteligibles á los profanos. Consultó además el diario de Fouquet, y el del secretario protocolista del tribunal nombrado para entender y fallar la causa contra el intendente. Esta obra de Chéruel es tan instructiva como amena y presenta con vivos colores los caracteres de los personajes principales, tanto políticos como literatos de la época.

dió el empleo de intendente superior ó jefe de hacienda, cargo ambicionadísimo, y le hizo simultáneamente ministro de Estado. Era hombre ambicioso, astuto, fanfarron, apasionado igualmente de los goces mas sublimes del alma y de la inteligencia, que de los placeres materiales mas crapulosos.

Llegado que hubo á aquel elevado puesto, resolvió Fouquet pasar una vida regalada y proporcionarse todas las satisfacciones y gustos, porque sirviendo la insaciable codicia de Mazarino adquiría tácitamente el permiso de procurar también para sí, ya haciendo contratas ventajosas con el gobierno, ya metiendo las manos hasta los codos en las arcas del Estado; solo que él no hacia como su amo, que amontonaba tesoros sobre tesoros, sino que los empleaba en dos cosas muy distintas que nos presentan muy al vivo las costumbres de aquella época. Por una parte compraba partidarios de su persona en todas las clases superiores de la población, y además diferentes castillos fuertes, para cimentar su poder é influencia y reservarse algunos refugios para épocas de persecución y de adversidad. No en balde el astuto ambicioso llevaba en su escudo de armas una ardilla trepadora con el lema: *«Quo non ascendam?»* Mas dinero gastaba sin embargo en cosas de su lujo verdaderamente loco y para satisfacción de sus pasiones crapulosas. Desde los apacibles y divertidos años del principio de la regencia habíanse hecho moda el fausto y la dilapidación, no solamente entre la nobleza, sino también y casi mas en la clase media, entre los comerciantes enriquecidos y sobre todo entre los consejeros de los parlamentos y los contratistas del cobro de contribuciones. Uno gastó para una sola función de baile 10,000 escudos de oro, suma que pasa de 225,000 pesetas; una cena costó al anfitrión, el mariscal de L'Hopital, 12,000 escudos de oro, ó sean 20,000 pesetas. Las sumas que entonces se despilfarraban en muebles, tapices y máquinas ingeniosas parecerían increíbles hasta á nuestros millonarios de hoy. Entre todos, sin embargo, descollaba Fouquet por las magnificencias que desplegaba; y la frescura con que gastaba el dinero ganado por medios tan inmorales. En todas las provincias poseía palacios con sus grandiosos jardines, obras hidráulicas para surtidores, cascadas, etc., lujo en el mueblaje y ajuar. Sus galanteos eran innumerables, porque las señoras mas elevadas se mostraban accesibles á sus diamantes y á las colosales sumas que les regalaba. Las malas lenguas añadieron [mas; pero lo que se ha podido comprobar demuestra la increíble desmoralización de aquella sociedad y de aquella época. Tan grande corrupción iba acompañada de una viva pasión por las obras literarias, y como Fouquet quería verse ensalzado por sus contemporáneos y glorificado por las generaciones venideras, mostróse naturalmente liberalísimo con los poetas, y hay que convenir en que tanto en la elección de sus protegidos literatos como en la de sus amos, evidenció un gusto muy delicado y refinado, porque sus queridas se distinguieron casi todas por sus notabilísimas cualidades intelectuales.

Respecto de la literatura puede decirse que en la época de la Fronda é inmediatamente despues no brillaba mucho. Corneille empezaba á ser viejo, y sus obras nuevas hacían fiasco. Los poetas chocarreros, á cuya cabeza iba Scarron, ente enteco y contrahecho, el «enfermo de la reina» como él se llamaba porque Ana de Austria le pasaba una pensión, habían echado á perder el gusto del público, y la aceptación general que hallaban es la mejor prueba de la superficialidad epicúrea, de la falta de principios y del profundo desengaño que la Fronda había dejado en los ánimos. Como extremo opuesto hacíanse notar las llamadas mujeres «preciosas» que cultivaban un refinamiento exagerado de sentimientos y de

estilo. Era su jefe la señorita de Scudery, en cuyos salones se continuaban las tertulias literarias que se habían reunido antes en el palacio de Rambouillet. Esta mujer es autora de muchas novelas totalmente inverosímiles, de muchos tomos y estilo acicalado y remilgado. Fouquet reanimó con brillante generosidad á Corneille descorazonado y triste, y logró que escribiera su «Edipo.» Prefirió asegurar á tan insigne vate una honrosa vejez, que pararse en la mordacidad superficial de Scarron. También colmó de bondades á Pelisson, el amigo íntimo de la Scudery, pero la mayor gloria en este concepto de Fouquet consiste en haber sido protector desde sus primeros pasos de dos celebridades, un genio y un talento grandes: Molière y Lafontaine. No es pues extraño que los literatos, entusiasmados de tanta liberalidad, celebrasen á Fouquet como «intendente superior de las bellas artes» además de serlo de la hacienda.

Pues bien, este personaje poderoso, ilustrado, brillante, fino y solapado había formado un plan en toda regla para reducir al rey á la impotencia por medio de un torbellino de diversiones, vicios y excesos que le hicieran olvidar los asuntos del gobierno del país, mientras por otro lado él con su oficiosidad y gracia natural se prometía ganar el afecto del monarca y la dirección del ministerio. Contaba para el logro de este plan con la cooperación de sus muchos amigos y confidentes en la corte, en las direcciones y entre las autoridades superiores; contaba además con el auxilio de su amiga Olimpia Mancini, casada con el conde de Soissons-Carignan, pero que poco á poco había reconquistado aparentemente su antiguo dominio sobre el corazón de Luis XIV; y finalmente contaba con sus espías é instrumentos. No sospechaba que estaba descubierto, que se le observaba, que el rey conocía sus colosales defraudaciones y sus intrigas. El que le había avisado era otro empleado y colaborador del difunto cardenal: Juan Bautista Colbert (1).

Era este natural de Reims, donde nació en 29 de agosto de 1619 de padres pertenecientes al comercio y de mediano caudal. Había entrado al servicio del Estado por los empeños de parientes ricos. La suerte quiso que llamara la atención de Mazarino, que le encargó la administración de su hacienda particular, en cuya posición supo desplegar tanta sagacidad y asiduidad en pro de los intereses de su principal, sin descuidar los suyos propios, que quedó en muy buen lugar; tanto que su protector le recomendó vivamente á Luis XIV; y en efecto en su nueva posición de servidor del Estado era Colbert modelo de la honradez mas severa, enemigo de toda clase de excesos, trabajador incansable, de extensas miras, persiguiendo siempre grandes fines aunque por desgracia con incorregible terquedad, duro hasta la crueldad y codicioso para sí y los suyos.

Respecto de economía política profesaba las ideas equivocadas de su tiempo, y en general no se elevaba bajo ningún concepto sobre el nivel de su época. Nombrado por el joven rey intendente de hacienda, descubrió las defraudaciones y robos del intendente general que no tenía el menor escrúpulo en presentar al monarca cuentas y balances falsos en los cuales disminuía los ingresos y aumentaba los gastos. En vano se esforzó el rey, que apreciaba en todo su

(1) La obra mas completa sobre este hombre de Estado es la de P. CLEMENT: *Lettres, instructions et mémoires de Colbert*, Paris 1862-73, 7 tomos que forman parte de la gran colección de los *Documents inédits pour l'Histoire de France*. El mismo autor ha escrito también la biografía de Colbert: *Histoire de Colbert et de son administration*, 2 tomos, Paris 1874, obra escrita con gran imparcialidad y una laboriosidad extraordinaria, consultando todos los documentos oficiales. En ella se pesan con mucha inteligencia y justicia los méritos y los gravísimos errores de la administración de Colbert, aunque faltan la penetración, el juicio analizador y las amplias miras históricas.

valor las eminentes dotes de Fouquet, por desviarle de la pendiente por donde su ambición le llevaba, con indicaciones y amonestaciones delicadas é indirectas á fin de hacerle entrar en un camino mas leal y mas provechoso para él y el país; todo fué inútil; el solapado ministro esperaba ver realizado de un día al otro su infame plan de enervación y encenagamiento de la persona del rey. Su descaro llegó hasta ganar á su partido á la misma reina madre que á pesar de la devoción fanática á la cual se había entregado en cuerpo y alma, no supo resistir á los grandes regalos del ministro y menos á sus promesas de devolverle la influencia en la dirección de la cosa pública, que muy contra su voluntad había perdido con la sumisión de la Fronda.

Engañó al intendente general el hecho de no verse destituido sino al contrario de verse honrado por el rey con el encargo de seguir importantísimas negociaciones; pero Luis sabía desentenderse de sus intrigas osadas con una fuerza de carácter y paciencia fingida que nadie sospechaba en él. Quería esperar y aprovechar el momento oportuno para anonadar á Fouquet cuando menos preparado estuviese, y cuando no le pudieran aprovechar sus bien meditados preparativos de resistencia para casos de desgracia. No por esto observaba Luis entonces una conducta moral; muy al contrario, cansado muy pronto de su esposa, intelectual mente muy insignificante, no pensaba de ningún modo dominar sus fogosas pasiones, y toda la corte estaba al corriente de sus ya innumerables amoríos; pero en medio de estos indignos goces, sabía reservar el tiempo necesario para los asuntos de gobierno; y muy posteriormente dijo una vez á sus ministros: «Si observais alguna vez que una mujer cualquiera adquiere la menor influencia política sobre mí, avisadme y yo os prometo que antes de 24 horas habré roto los tales lazos.»

Trabajóse con gran cautela contra Fouquet. Primero se logró determinarle, bajo el pretexto de que ya no era digno de su alta posición, á vender su empleo de procurador general cerca del parlamento, cuyos miembros solo podían ser juzgados por la misma corporación y previas muchas y complicadas formalidades. Cuán poco segura estaba entonces todavía la autoridad real en frente de un súbdito influyente y poderoso! Esto explica el empleo de tanta astucia, cautela y favores de que el rey colmaba á su enemigo para no dejarle ver el abismo que se estaba cavando á sus pies. Aceptó el rey en su nombre y en el de toda la corte una invitación del ministro para una fiesta que preparaba en su magnífico palacio-castillo de Vaux. La magnificencia, el lujo extravagante y ostentoso que allí vió el rey y que dejó muy atrás el del palacio real, le indignó mas que nunca contra su insolente servidor. Vió allí 50 docenas de platos de oro y 500 docenas (16,000!) de plata macizos; luego el teatro y cuerpos de ópera y coreográfico, los cuadros, en fin todo sobrepujaba cuanto el rey había visto hasta entonces. La cena costó 120,000 libras, es decir 875,000 pesetas.

Fouquet, en un viaje que hizo á la Bretaña francesa, fué repentinamente preso en 5 de setiembre de 1661, y al propio tiempo sorprendidos y ocupados sus castillos fuertes; mas ¡cosa extraña! al poco tiempo la opinión pública en Francia, país tan hostil á semejantes funcionarios, se declaró en favor del ministro defraudador de la hacienda, quizá por efecto de la repugnancia que causó el increíble disimulo del rey, del asombro ante la caída instantánea desde una altura tan vertiginosa, y de la pasión con que todos los literatos mas notables tomaron la defensa de su generoso y desdichado protector. La misma comisión encargada de formar la causa y fallarla la entretuvo y la alargó hasta que finalmente le sentenció en diciembre de 1664 simplemente al leve castigo de

destierro, desentendiéndose valerosamente de las influencias poderosas que puso en juego el gobierno; pero el rey por un acto despótico mandó encerrar á tan peligroso individuo como calificaba á Fouquet por toda la vida en una fortaleza, que fué la de Pignerol. Allí pasó el infeliz diez y seis años en el calabozo mas lóbrego hasta su muerte, que ocurrió en año 1680.

Colbert, su principal adversario y perseguidor, heredó su poder é influencia de hecho, aunque no de nombre, porque se nombró para la dirección general de hacienda un consejo

compuesto de elevados personajes, y de este consejo fué nombrado Colbert simple escribiente. Ocho años despues recibió el nombramiento de ministro del rey con la intendencia general de los edificios y monumentos reales, las fábricas, manufacturas y bellas artes. ¡Qué contraste formaba en tan influyente posición este escribiente modesto, que solía trabajar quince horas diarias, que no se cuidaba ni de la corte ni del resto del mundo y que llevando bajo el brazo sus papeles metidos en una bolsa de terciopelo, solía ir á pié á la real cámara á recibir órdenes, con su ostentoso

*El nuevo se devuere octubre 1659*

*J'ay l'esprit tellement rempli de confusion, de hayum  
et de desespoir que Je ne say que dire V. E.  
Je suis comblé de vos bienfaits, toute ma famille  
a reçu et reçoit continuellement des marques de  
votre bonté, la confiance que V. E. a bien voulu avoir  
en tous ceux qui portent mon nom est connue de  
tout le monde, et neantmoins Il s'en trouve un qui  
a est capable de la trahir et Je suis  
m'estimant Indigne de prendre la qualité ordinaire de  
vostre fidèle serviteur de V. E. Colbert*

Facsimile de Juan Bautista Colbert (1)

predecesor Fouquet! ¡Con qué desprecio había mirado este á Colbert, simple plebeyo, que sin embargo le sobrepujaba tan inmensamente con su inteligencia profunda, y su carácter activo y perseverante!

Apenas tomó Luis XIV en sus manos las riendas del gobierno, ya dió muestras de poseer la primera y principal dote de un soberano, á saber: la sagacidad y perspicacia casi infalible para elegir con acierto sus ministros y demás servidores. Prueba de ello son Colbert y otros dos individuos que educados también en la escuela de Mazarino ocupaban á la sazón al lado de Colbert los primeros puestos. Eran Lyonne y Le Tellier, ambos como Colbert de prosapia humilde; porque desde el primer momento siguió Luis invariablemente el principio, bien fundado y meditado, de excluir sistemáticamente á los grandes, y especialmente á los príncipes de toda gestión y de todo empleo públicos. ¡El gran Condé tuvo que contentarse en los primeros años con

(1) El presente facsimile presenta el principio y fin de una carta dirigida al cardenal Mazarino, y dice así: «A Nevers, ce dernier octobre 1659.—J'ai l'esprit tellement rempli de confusion, de chagrin et de desespoir, que je ne sais que dire à V. Excellence. Je suis comblé de ses bienfaits, toute ma famille a reçu et reçoit continuellement des marques de sa bonté. La confiance que V. E. a bien voulu avoir en tous ceux qui portent mon nom, est connue de tout le monde, et néanmoins il s'en trouve un qui a été capable de la trahir. ... et je finis, m'estimant indigne de prendre la qualité ordinaire de très fidèle serviteur de V. E. COLBERT.»

el honor de servir al rey, á la reina y á su hermano en la mesa! Para ministros quería Luis XIV personas que fuesen hechuras suyas, dependientes de él en un todo y que por tanto tuvieran que obedecerle y darle cuenta de todos sus pasos. En cambio les dejaba las manos libres en sus negocios personales y los sostenía contra todos los ataques. No le gustaba cambiar de ministros, ya para no perder en el cambio, una vez que había encontrado especialidades realmente eminentes, ya por temor de perjudicar con frecuentes cambios la fama de su régia infalibilidad. Lo que debían procurar los ministros mas que nada era dejar al rey todas las decisiones, aunque solo fuese en apariencia, porque la mas leve señal de independencia los hacia caer en desgracia.

Hugo de Lyonne era hijo de un noble de inferior clase, y había sido recomendado al rey por Mazarino lo mismo que Colbert. Gran talento, fogoso en todas sus empresas, era incapaz de dominarse en el trabajo como en los placeres. Ocupado en un asunto interesante ó urgente, trabajaba noche y día sin descansar; pero despues se dedicaba sin freno á los placeres y excesos materiales, á los cuales á duras penas robaba algunos minutos para emplearlos en el trabajo mas preciso. Ayudábale grandemente su genio vivo y penetrante, que unido á un conocimiento increíble de los negocios, le ahorra mucho trabajo; nadie como él estaba tan al corriente de todos los pormenores de la historia diplomática de las cortes extranjeras ni tenía tan íntimas relaciones

con los personajes mas influyentes en la diplomacia europea. Ladino, de extensas miras, sagaz, inagotable en recursos, fué el ministro del exterior mas capaz que quizás haya tenido nunca la Francia. Sus despachos, como sus planes y combinaciones diplomáticas, son obras magistrales por lo bien calculados y ejecutados con perfecto conocimiento de todas las circunstancias. El rey le apreció cada día mas y le perdonó sus debilidades infinitas, sus descuidos en los pormenores y sus relaciones con Fouquet.

Le Tellier era otra clase de persona; genio tranquilo, circunspecto, pensativo, prudente, supliendo con el trabajo asiduo y férrea aplicacion la escasez de talento, reservado sin afectacion, de costumbres sencillas é irreprochables, de fácil acceso, atento y cortés, y fiel en el cumplimiento de su deber. Paulatinamente introdujo á su hijo en los negocios, pero éste resultó ser un genio muy distinto. Llamábase Francisco Miguel Le Tellier, y despues, por compra de una propiedad, marqués de Louvois (1).

Habia nacido en 1642, y su padre le empleó á la edad de veintiun años en la administracion de policia militar, y despues en 1668 subió á ministro de la guerra. Adolescente, supo ya ganarse la amistad del rey fingiéndose discipulo suyo y acomodándose á sus planes; pero al fin salió del favorito flexible un maestro consumado en política y un gran ministro. Como hombre sin corazon y sin entrañas, befordor y escarnezador hasta el cinismo, por impulso innato déspota y brutal, cometió infinitos crímenes y faltas; pero como administrador no tuvo igual. Dotado de sano y claro juicio, de comprension rápida de las circunstancias, parecia como nacido expresamente para dirigir la administracion de los ramos mas complicados y difíciles. Enemigo de ilusiones, dominaba su espíritu solo cierto número limitado de principios prácticos; pero los sabia adaptar, aplicar y realizar como nadie. A esta habilidad verdaderamente maravillosa reunia una laboriosidad y un celo en todos los negocios no menos asombrosos, porque solo su correspondencia oficial llena 900 tomos en folio.

Por lo demás, no retrocedia delante de ningun acto por brutal y despótico que fuese, cuando se trataba de quitar de en medio los obstáculos que se le oponian.

Un hombre como él era además muy necesario, porque el ejército, cuya organizacion era feudal todavía en gran parte, requeria con urgencia una reforma radical. Se compraban todos los empleos militares de capitán arriba, excepto los de mariscal y general en jefe; los soldados, las clases de cabos y sargentos y los oficiales subalternos no dependian del rey, sino de los jefes que habian comprado sus puestos ó grados, porque cuando se queria formar un regimiento encargaba el gobierno de esta comision á un comandante ó á una asociacion de capitanes, que enganchaban, vestian, armaban y mantenian los soldados en cambio de un tanto convenido por individuo, que les pagaba el gobierno. De esta suerte se comprende que los capitanes ú oficiales superiores, empresarios del enganche y en realidad de la fuerza, nombraran los cabos, sargentos y oficiales inferiores, mientras ellos mismos

(1) Véase CAMILO ROUSSET, *Histoire de Louvois*, 3.<sup>a</sup> edición, Paris 1864, 4 tomos. Es esta una obra preciosa y monumental que jamás perderá su valor. Está basada en los extractos del riquísimo archivo de la guerra en Paris, y sobre todo en la propia correspondencia de Louvois, en los documentos del ministerio de negocios extranjeros, en las memorias y folletos de la época, y presenta la historia militar de Francia durante los primeros treinta años del reinado y gobierno de Luis XIV. El autor es un patriota guerrero y tan fanático de su país, que hasta considera las reuniones y círculos de sociedad como una necesidad histórica y por tanto como un gran mérito de su nacion. Esfuérase tambien en combatir el hecho, perfectamente comprobado, de que Louvois murió en desgracia del rey.

permutaban ó vendian sus puestos, segun su conveniencia. Los que adquirian estos cargos no eran confirmados en ellos por el rey ó sus ministros, sino por los directores generales de cada arma, cuyo empleo era igualmente vendible á voluntad ó hereditario en la familia. Esta organizacion quitaba al poder central toda influencia directa sobre la calidad y el espíritu del ejército, que en cierta manera era dado á unos cuantos jefes en feudo y por estos parcialmente á otros en sub feudo, con lo cual no habia medio de inspeccion posible. Los empresarios ó sean los capitanes y comandantes á cuyo cargo corria el gasto y los cuidados de proveer á las necesidades de su compania ó regimiento, estaban sujetos á la tentacion de engañar al gobierno central cobrando por mayor número de individuos del que tenian, y estas supercherias ó estafas eran tan comunes que se consideraban como cosa corriente y de ningun modo deshonrosa; de suerte que solo en las inspecciones y revistas se tenia cuidado de presentar el número completo, alquilando para estas ocasiones peones, criados y vagabundos que se uniformaban aquel día para figurar como tropa. Estos abusos estaban tan generalizados y los beneficios que arrojaban se ramificaban hasta esferas tan altas, que su abolicion era difícilísima.

Los demás ramos de la administracion reclamaban análogas reformas, porque tanto Richelieu como Mazarino habian estado ocupados completamente en la consolidacion del poder real y de su crédito en el exterior, y no habian podido pensar en una trasformacion radical en el interior.

Los ingresos ordinarios del Tesoro estaban reducidos á solo 23 millones de libras, despues de descontados los gastos y los intereses de la deuda de 200 millones de libras; y estos 23 millones estaban empeñados hasta julio del año 1663. La marina casi no existia, y el comercio estaba paralizado por la falta de comunicaciones terrestres, fluviales y marítimas, por las muchas gabelas y aduanas del interior, por los motines y desórdenes continuos y por las crecidas deudas de las ciudades tan mal administradas. La seguridad pública era ilusoria, porque los nobles hacian en sus Estados y propiedades lo que querian y encontraban siempre seguro amparo contra toda persecucion, aun contra las sentencias del consejo de Estado, en los gobernadores de provincias y en los jueces, sin excepcion prevaricadores; de modo que la justicia, en general, se hallaba tambien en malísimo estado.

Luis XIV aplicóse con laudable celo y vigor á la reforma de tantos abusos. La elevadísima idea que tenia de la dignidad de rey no le permitia tolerar semejante estado de cosas. Entonces ya anotaba sus ideas, resoluciones y actos muy detalladamente para que en su día las generaciones venideras le conociesen y pudiesen juzgarle. Tenia su tiempo exactamente distribuido. Los lunes y viernes estaban destinados á las sesiones del consejo de Estado, en las cuales se resolvian todas las cuestiones de la política exterior, del gobierno interior y de justicia de alguna importancia. Los martes, jueves y sábados estaban destinados para el consejo de hacienda; y las tardes de los jueves se reunia bajo la presidencia del rey el «consejo de conciencia» que formaban su confesor y tres prelados, cuyo objeto era la provision de los beneficios eclesiásticos vacantes. Los miércoles y domingos quedaban libres para el rey, que solia pasarlos en una pequeña casa de campo llamada Versailles, posesion que engrandeció y heroseó continuamente porque le gustaba mucho su situacion. Las horas que le quedaban en los demás días las aprovechaba para dedicarse á la caza, aunque no era gran aficionado á este ejercicio. Además cada noche trabajaba con sus tres ministros principales despachando los asuntos corrientes, firmando los documentos necesarios, haciéndose leer los oficios y cartas que habian llegado, y que se le envia-

ban personalmente, lo mismo que las peticiones que nunca rechazaba y que leia siempre. En todo esto le guiaban el excelente tacto y clara inteligencia, que en tan alto grado poseia, y que suplian en gran parte su falta de conocimientos. Luis conocia esta falta, y para corregirse de ella, durante algun tiempo se hizo dar una leccion diaria de latin por el anciano obispo de Rodez, principalmente para poder «comprender los breves de Su Santidad». Entonces ya mostraba Luis XIV un gran respeto á las prescripciones de la Iglesia, bien que estaba lejos de la mojigatería siniestra é intolerante de sus últimos años, pero este respeto no le privó de seguir en sus galanteos y amoríos cada día nuevos; porque ni las lágrimas y consejos de su madre, á quien trataba con tanto respeto y veneracion que nunca la habló con la cabeza cubierta hasta su muerte que ocurrió en 1666, ni las de su esposa, ni el nacimiento de un heredero, ocurrido en 1.<sup>o</sup> de noviembre de 1661, pudieron determinarle á renunciar á su vida licenciosa. Por gran fortuna suya y del país le inspiró por entonces una inclinacion profunda, seria y casi exclusiva la dócil y angelical Luisa de La Vallière, cuyo amor idólatra para Luis XIV juntamente con sus sentimientos piadosos, remordimientos interiores y amargo arrepentimiento la hacian incapaz de abusar de su influencia.

La reforma mas urgente, por ser la base de las demás, era la de la hacienda. En su consecuencia instituyó el rey un tribunal para entender en todas las causas de dilapidacion, el cual segun su expreso mandato debia proceder y procedería con inflexible rigor sin consideracion á nadie. Los altos funcionarios del tesoro y de la recaudacion de contribuciones, los arrendadores de tributos, y los banqueros prestamistas del Estado, culpables todos, fueron castigados con multas tan colosales, que muchos quedaron arruinados; los culpables de mas baja estofa fueron condenados á muerte. En los dos años de 1662 y 1663 aligeró el gobierno las arcas de los notables hacendistas que se habian hecho ricos á costa del erario, y les sacó mas de 70 millones de libras (450 millones de pesetas aproximadamente); y cuando el tribunal fué disuelto en 1669 despues de haber cumplido su mision, habia restituido á las arcas reales 110 millones de libras quitadas á 500 defraudadores, suma que hoy representa, teniendo en cuenta el diferente valor del dinero y del metal, una suma de 650 millones de pesetas. Estas medidas, y la saña con que fueron ejecutadas, pierden mucho de su crueldad cuando se tiene en cuenta que con estas restituciones pudieron el rey y Colbert rebajar considerablemente la contribucion personal llamada *talla*, que pesaba tan gravemente sobre las clases inferiores y pobres.

Menos disculpable fué otra disposicion aconsejada por Colbert, á saber: la reduccion de las rentas que debia el Estado, y la anulacion pura y simple de algunos empréstitos bajo el pretexto que se habia estafado con ellos al rey. Adelantando por este camino, se dispuso la amortizacion inmediata de las otras rentas al precio de su emision que habia sido en general bajísimo. Esta orden, que no era mas que una quiebra voluntaria y descarada, provocó un descontento universal, atendido que las rentas habian ya pasado á segundas y terceras manos que las habian pagado cada vez á un tipo mas crecido, de suerte que el descontento se hizo tan amenazador que Colbert cedió, limitándose á hacer facultativa la entrega de valores y á rebajar en diciembre las otras rentas en una quinta parte. Con estas medidas despóticas (1) los 15 millones de intereses anuales que tenia que pagar el gobierno quedaron reducidos á 8 millones.

(1) Declase entonces:.... *Plus pâle qu'un rentier, à l'aspect d'un arrêt qui retranche un quartier.*  
Boileau. Sátira 3.

Luis XIV y su ministro consideraban los fondos del Estado como un depósito sagrado cuya enajenacion era en todo tiempo un acto nulo y de ningun valor. Siguiendo este principio, reincorporaron á las propiedades del Estado todas las que se habian vendido, á veces siglos antes, y á menudo á precios ridiculos; sin misericordia ni consideracion fueron arrancadas á sus poseedores en cambio del precio primitivo á que habian sido vendidas, y que por la diferencia de las épocas y del valor del dinero no estaba en ninguna relacion con lo que verdaderamente valian. De los títulos de nobleza, que entonces tenian en Francia un valor material considerable, porque eximian de todas las contribuciones directas, fueron anulados todos los concedidos en los últimos años, en consonancia con el principio fundamental de Colbert de aliviar las cargas que pesaban sobre las clases pobres á costa de los ricos, especialmente de los que habian sacado ventajas de las últimas contiendas interiores. Sobre este mismo principio fundó Colbert toda su reforma radical del sistema tributario entonces imperante. Rebajó las contribuciones directas y aumentó en otro tanto las indirectas, no por consideraciones teóricas, sino porque estas últimas gravitaban sobre todas las clases y las primeras exclusivamente sobre las clases inferiores no privilegiadas.

Digna de alabanza es la supresion, verificada en 1664, de las aduanas interiores que separaban las provincias septentrionales de las del centro, dejando subsistentes las de las fronteras exteriores, cuya medida hizo posible una política mercantil nacional, cosa desconocida hasta entonces. Colbert era proteccionista, partidario del sistema en que el Estado protege y regula los movimientos industrial y mercantil del país, porque entonces se creia que con una legislación á propósito podia un país monopolizar la mayor parte del comercio universal, exportando en gran escala productos naturales elaborados, y librándose casi enteramente de importar otros extranjeros. Por medio de este sistema se creia concentrar en el país la mayor cantidad posible de metálico, pues que tambien prevalecia la opinion de que el dinero era la única riqueza verdadera y la cantidad de metales preciosos la única medida de la riqueza de un pueblo.

De aquí las infinitas y minuciosísimas disposiciones prohibitivas y de tutela tan generalmente empleadas en los dos siglos últimos, despues de haber sido desarrolladas, aplicadas y llevadas á su última consecuencia por Colbert en Francia. Todas las industrias fueron rigurosamente clasificadas en gremios, circunscritos con minuciosa exactitud y dotados de reglamentos que prescribían y detallaban el modo de preparar y elaborar los productos, fijando severísimas penas á los contraventores. Con grandes gastos introdujo el ministro en Francia fabricantes y operarios de ciertas especialidades extranjeras. De esta manera fomentóse y perfeccionóse poderosamente la industria nacional, porque el mal que encierra este sistema solo se manifiesta cuando se le aplica con estricta y rigurosa lógica hasta la última consecuencia. Podrá criticarse y condenarse este llamado sistema mercantil que protege preferentemente la industria y el comercio, en oposicion á la agricultura; pero forzoso es convenir en que Colbert fué quien lo comprendió y lo estableció con tan admirable lógica, habilidad y energia que llegó á dominar desde entonces en toda la Europa.

Luis XIV, siempre que se le presentaba ocasion de ahogar restos de independencia enfrente del trono, se apresuraba á aprovecharla. Jamás perdonó á los parlamentos su comportamiento durante el tiempo de la Fronde; ni la mas leve oposicion les permitió, y los humilló siempre que pudo. Mandó que le llevaran las actas del parlamento de Paris, y arrancó todas las hojas en las cuales estaban registrados los